

La herencia

I

Sólo cuando ha perdido ya toda curiosidad acerca del futuro, alcanza uno la edad idónea para escribir una autobiografía.

De un tiempo a esta parte me ha dado por releer, luego de muchos años, *La máquina del tiempo*, novela de H. G. Wells (haciéndome a la sazón la conjetura siguiente: de los críticos modernos, si se les presentase esta frase fuera de contexto, ¿quién sabría identificar al autor de «La tenue iridiscencia de las luces incandescentes que ardían en las tulipas argentinas se reflejaba en las burbujas que proyectaban destellos desde nuestras copas»? Al final del volumen, en su primera edición, vienen dieciséis páginas de anuncios de los novelistas más populares de 1895, todos ellos elogiados en los periódicos serios, aunque con un grado de extravagancia y desmesura tal como a mí rara vez se me ha concedido a lo largo de mi carrera profesional. Hoy todos ellos están bastante olvidados. Fue como si hubiera dado un salto en la máquina del tiempo y hubiese visto desplegada ante mis ojos la futilidad de la estima contemporánea.

6 EVELYN WAUGH

Cuántas ganas tuve de conseguir en préstamo la máquina del tiempo, un artefacto con su sillín y sus barras de cuarzo, que era con toda claridad una exaltación de la bicicleta. Qué desaprovechamiento el de este mágico vehículo al llevarse a rondar por el futuro, como hiciera el protagonista del libro. ¡El futuro, la más lóbrega de las perspectivas, si no la más tediosa! De haber estado yo en el sillín, habría puesto el motor en la posición de «retroceso lento». Remontarse flotando suavemente por los siglos (aunque no más de treinta) habría sido el placer más exquisito del que ahora mismo se me ocurriría disfrutar. En la propia brevedad de mi vida tenía la necesidad de un artilugio de esas características, ya que una memoria cada vez menos fiable me enajena a diario, y cada vez más, de mis orígenes y mi experiencia.

2

Mediada su vida, mi padre poco a poco fue perdiendo el oído izquierdo. Atribuía a menudo este defecto al hecho de haber dormido muchos años antes al raso, en un terreno húmedo, en un campamento con los Voluntarios de Somerset. A esa misma edad tuve yo idéntico problema. Le echo la culpa a la herencia.

Sir Osbert Sitwell puso por título a su grandilocuente autobiografía *Mano izquierda, mano derecha*, ya que al parecer es la izquierda la que manifiesta las características que heredamos al nacer, mientras que en la derecha se anotan las experiencias y logros sucesivos de nuestra vida. En la niñez, es la mano izquierda la que nos guía; en la madurez, parecemos completamente diestros, dueños de nuestro destino; con los años, no sólo nuestros achaques, sino también nuestras flaquezas y peculiaridades nos recuerdan

a nuestros padres. A sabiendas de nuestra procedencia y deriva, es fácil trazar analogías entre nosotros y nuestros antepasados. Somos sin embargo la conjunción de tantas y tan diversas influencias que cualquier idiosincrasia se puede explicar en estos términos. En la fisonomía no existen siquiera media docena de formas diferenciadas de la nariz o de los labios, ni del color del cabello o de los ojos, ni de formaciones craneanas, o de los pómulos, o del mentón. Cualquier rostro, bello o repugnante, es reconocible de manera nada sistemática en la galería de los retratos de familia, y otro tanto sucede con los talentos y los temperamentos. La sucesión de nuestros progenitores se pierde de vista a lo lejos, en la oscuridad de los tiempos. Cualquiera de ellos podría aflorar en nosotros y ser el componente dominante.

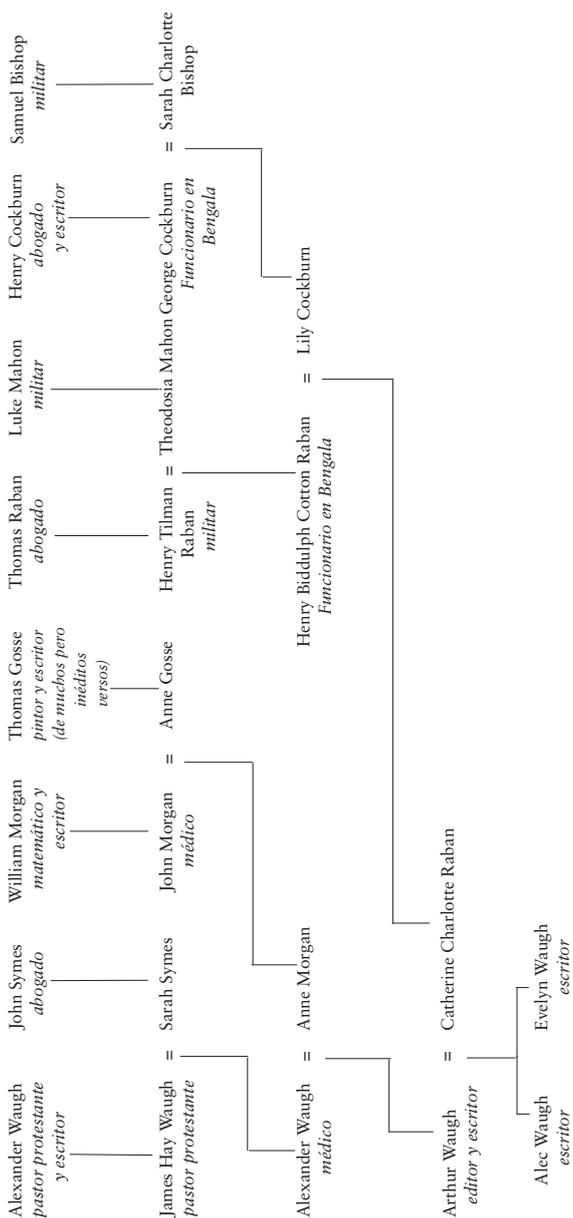
La humanidad es, no obstante, terca en su curiosidad por la genealogía. Al menos, lo es esa parte de la humanidad a la que interesa el pasado, y el pasado es lo único que interesa a los biógrafos.

A la mayoría de las personas mayores les cuesta bastante interesarse por los jóvenes, cuyos nombres las más de las veces ni siquiera recuerdan, a no ser que hayan conocido a sus padres. Ajenos a las modas que priman en la biología teórica, seguimos contemplando la herencia —igual que contemplaban nuestros antepasados las estrellas— como fuente del carácter. Cuando un joven hace una travesura, solemos musitar: «Igualito que su pobre tío». Cuando uno da muestras de talento, nos decimos: «¿De dónde le vendrá?». Y a diario damos asentimiento intuitivo a una proposición que a nuestra razón desconcierta.

Ninguno de mis antepasados fue ilustre. Se me podrá por tanto absolver del pecado de vanagloria si me pliego a la antigua usanza y pongo por prefacio a mi propia historia una relación de las suyas.

8 EVELYN WAUGH

Entre mis ocho tatarabuelos hay tres ingleses, dos escoceses, un irlandés, un galés y, como única muestra de exotismo, un hombre de una familia de hugonotes que se ha aclimatado desde hace más de un siglo en Hampshire. Tres fueron abogados, dos militares, uno clérigo, otro matemático, otro pintor. De todos ellos, sólo cuatro conservan una personalidad reconocible. Los otros son tan sólo nombres: S. P. Bishop, que murió siendo teniente coronel en el ejército de Bengala y tuvo numerosos hijos (participó en casi todas las campañas llevadas a cabo en la región durante las tres primeras décadas del siglo XIX); Thomas Raban, que ejerció la abogacía en Calcuta; John Symes, que también fue abogado en Bridport. Al cuarto, al que también supongo militar, no es posible identificarlo con ninguna certeza. Murió joven, probablemente en la India. Pertenecía, es fama, a la familia Mahon, de Strokestown, condado de Roscommon, que gozó de un breve ennoblecimiento con la Unión (el segundo y último par del reino murió demente y sin hijos) y que es conocido sobre todo por el asesinato en 1847 del cabeza del clan, Denis Mahon. Mi tatarabuelo pertenecía a una generación anterior; tal vez fuera tío carnal de Denis, aunque la destrucción de los archivos de Dublín en 1922 deja gran parte de la genealogía irlandesa en el terreno de las conjeturas. A mi bisabuela le pusieron por nombre Theodosia, el mismo que llevara la hermana del primer barón. Presumiblemente quedó huérfana a edad muy temprana, y fue criada en Bath en el domicilio del general Price, que era sin duda compañero de oficialía de su padre. Su padre prestó servicio en la India y a la India la enviaron ella para que encontrase un buen partido. Se casó con mi bisabuelo, comandante del ejército de la Compañía de las Indias Orientales, que murió de cólera poco después de que naciera mi abuelo.



ANTECEDENTES PROFESIONALES

10 EVELYN WAUGH

Hay cierto misterio en torno a Theodosia. No se hablaba apenas de ella en la familia. Tengo su retrato en miniatura, pintado durante su breve viudedad. Aparece escotada, con un vestido de terciopelo negro, con una gargantilla negra también y unos guantes negros de redecilla. Tiene unos rizos oscuros y la piel muy blanca. No parece que su luto sea muy sentido. Sonríe con un punto de descaro, sus espléndidos ojos resultan incitantes, y no esperó mucho hasta casar en segundas nupcias.

El interés que para mí reviste es que solamente ella, entre mis antepasados inmediatos, era católica. Desconozco cómo pudo ser así. Es algo bastante insólito en una familia de raigambre protestante y angloirlandesa. Su expresión no transmite el celoso entusiasmo que suele ser propio de una persona recién conversa. Es posible que su segundo esposo, apellidado Devenish, fuera católico. Su conversión religiosa provocó que sus cuñadas, cuando volvió a casarse, se llevaran a mi abuelo de su custodia y lo tomaran a su cuidado. Mi madre se acordaba de estas tías abuelas suyas; recordaba su insistencia en demostrar el carácter insidioso de la religión papal recurriendo a la anécdota de que muchos años después de que el chiquillo fuera reclamado por ellas resultara estar todavía en posesión de un rosario (posiblemente, no tanto para servirse de él en sus devociones cuanto a manera de recordatorio de la madre que había perdido), que guardaba en secreto y con el cual dormía hasta que se lo encontraron. Theodosia tuvo otros hijos en su segundo matrimonio, pero a mi abuelo nunca se le permitió reunirse con sus hermanastros y hermanastras papistas.

Del John Symes antes mencionado queda constancia de una curiosa experiencia; parece ser que una noche recibió una convocatoria preternatural con este encarecimiento: «Levántate y marcha a Launceston». Como suele suceder en esos casos,

se mostró escéptico y obedeció la orden sólo a la tercera. Bridport está a unos ciento treinta kilómetros de Launceston. Quiso la providencia hacerle más llevadero el trayecto al proporcionarle a un barquero, despierto y disponible, para salvar el río, y un carruaje que le aguardaba en la posada con los caballos de tiro recién aparejados. Llegó a Launceston y allí descubrió que se celebraba una sesión del tribunal superior del condado. Y reconoció al acusado, a quien se juzgaba por asesinato, pues era un marinero con el que él había trabado conversación estando en Plymouth la noche del crimen, de manera que su testimonio le valió la absolución. Ésa es la historia que relataba mi bisabuela, su hija. Una de mis tías la puso por escrito. Sea verdadera o sea ficción, poca o ninguna luz arroja sobre su carácter ensombrecido, y menos aún presagia un don o un defecto transmisible.

La familia Symes se extinguió con la muerte de sir Stewart Symes, que llegó a ser gobernador general de Sudán. Vivió más que su único hijo, muerto en acto de servicio en 1944.

Los otros cuatro progenitores gozaron de la atención de biógrafos y retratistas.

El reverendo Alexander Waugh, doctor en Teología (1754-1827), fue ministro de la Iglesia de la Secesión de Escocia, corporación eclesiástica que nació en 1733. Componíase la feligresía en su mayor parte de pequeños propietarios de labrantíos y aparceros convencidos de que el establecimiento del presbiterianismo, ganado a duras penas en 1690, había supuesto una traición a John Knox debido a la laxitud de la doctrina y a la aceptación del patrocinio en los nombramientos para los cargos eclesiásticos.

El padre de Alexander Waugh, Thomas, se sumó a la secesión. Era dueño de una granja hartamente desoladora río arriba, en East Gordon, cerca de Greenlaw, condado de

12 EVELYN WAUGH

Berwick, tal como lo habían sido con toda certeza sus antepasados durante cuatro generaciones, seguramente por más tiempo aún. Pero fue el último de la familia en ser dueño de aquellas tierras. Su primogénito, Thomas, las vendió y adquirió una granja más extensa en una región más clemente, a orillas del río Tweed, cerca de Melrose. Su hijo emigró a Australia.

Mi tatarabuelo se preparó para ejercer el ministerio presbiteriano en Edimburgo y Aberdeen. En 1782, a los veintiocho años, fue enviado a Londres, a la capilla hoy demolida de Wells Street, bocacalle de Oxford Street, en donde prestó servicio hasta el día de su muerte. Llegó a ser uno de los predicadores no conformistas más destacados de su tiempo. Entre otras actividades, contribuyó a la fundación de la Sociedad Misionera de Londres y de la Escuela Primaria Discrepante de Mill Hill.¹

Su biografía, que compilaron dos de sus colegas, gozó de popularidad considerable. Es una obra destinada única y exclusivamente a la edificación moral de sus lectores. Consta de extractos de sus sermones, cartas y diarios, y del testimonio de numerosos admiradores. No se me alcanza a imaginar siquiera que hoy en día nadie, si no fuera por piedad familiar, se animara a leerla, aunque es posible discernir, en medio de tantos elogios incondicionales y a pesar de las efusiones de la retórica evangelista, la presencia de un personaje admirable y sumamente agradable de trato.

1. El término «discrepante», «disidente» o «no conformista», en materia de religión, designa a las diversas sectas escindidas de la Iglesia anglicana a lo largo de los siglos XVI al XVIII, debido sobre todo a la creciente presión del Estado en cuestiones del culto y la administración eclesiástica. En principio más acérrimamente reformistas que la propia Iglesia reformada, en la actualidad sobreviven grupos tan dispares como los cuáqueros, los unitarios, los presbiterianos o los menonitas, de creencias muy variadas. Nunca designa a la rama escindida de la Iglesia de Escocia.

No hay nada adusto en este calvinista acérrimo. Era alto y apuesto, atlético en su juventud, patriarcal con el paso de los años. Todos hablan de él como de un hombre capaz de congeniar con cualquiera, hospitalario, generoso, afectuoso, humorístico y escrupulosamente caritativo en sus juicios de valor. Tocaba el violín, le gustaba el vino, el té y los baños de mar. En sus viajes fue un turista perspicaz, observador y atento. Leyó mucho a los clásicos y conocía a fondo su propia rama de la teología. Durante la paz de Amiens, cuando pasó unas semanas en París, no parece que tuviera mayor dificultad en conversar en francés. Fue rigurosamente fiel a los dogmas de su secta, pero lo fue sin rencores hacia otras. Se dedicó en cuerpo y alma a sus prédicas y demás labores propias de su ministerio presbiteriano. Se ha estimado que en total pronunció 7.706 sermones. En sus oraciones particulares no fue menos generoso y ferviente.

Sus feligreses acudían atraídos desde todos los rincones de Londres; en su mayoría eran inmigrantes muy recientes que vivían en humildes circunstancias. Debido a que por sus empleos eran inaccesibles de día, los visitaba con regularidad en sus domicilios, pateando las calles por las noches cuando iba de una pensión a otra. Sus sermones y charlas los daba todos en un purísimo inglés, aunque en privado le agradaba retomar el dialecto que habló en su juventud, pues siguió siendo un ferviente escocés a lo largo de su prolongado exilio. Casi cada año visitaba su tierra natal, a donde llegaba viajando por mar. En Londres, su domicilio de Salisbury Place fue el centro de muchos expatriados para los que hizo las veces no sólo de director espiritual, sino también de banquero, agente de colocación, limosnero y mesonero. Una de sus hijas, con el exiguo margen de ironía que admite una biografía, consigna que «de mi padre casi con toda certeza cabe decir que fue un hombre “dado a la hos-

14 EVELYN WAUGH

pitalidad”, y más en ocasiones en las que el ejercicio de la virtud no era ni estrictamente necesario ni mucho menos conveniente. Su casa, aunque pequeña, y con acomodo apenas suficiente para su propia familia, estuvo siempre abierta a sus hermanos, en especial a los de su propia comunión, provenientes de Escocia; tan pronto tenía conocimiento de sus intenciones de visitar Londres, si encajaban mínimamente con las anteriores disposiciones domésticas (y nunca fue muy mirado en este punto), se apresuraba a ofrecerles, con la sinceridad de una invitación que no admitía lugar a duda ninguna, un plato a la mesa de la familia y una cama bajo su techo, aunque el acuciante cumplimiento de sus deberes, a la fuerza, le obligaba a ausentarse constantemente de casa durante el día, tanto que él mismo rara vez disfrutaba del placer de su compañía y se veía en la necesidad de abusar con amabilidad de todos ellos a su regreso, hasta altas horas de la noche».

¡Cuántos días de tedio invertidos en tratar de entretener a los toscos, aturdidos inmigrantes de la secesión, hallan su particular memorial en este reducido y punzante documento!

Su estipendio era exiguo, pero tenía un cuñado que no tuvo hijos, John Nelly, también escocés, que emigró a Londres más o menos en la misma época que él y montó un negocio como mercader de maíz en Surrey Street, en el Strand. Le fueron bien las cosas. Con él, mi tatarabuelo quedó en deuda por lo que sus biógrafos llaman «constantes y delicadas atenciones para su mayor comodidad doméstica». A su muerte, Nelly, dejó ciento cincuenta mil libras a sus sobrinos y sobrinas, con la provisión de que dicha cantidad, una vez repartida, llegara a los hijos de éstos. A lo largo del siglo siguiente este legado se fue subdividiendo hasta volatilizarse, aunque a la primera generación le proporcionó una contribución sustancial para su «mayor comodidad doméstica».

La belleza de los paisajes escoceses llegó a ser una suerte de obsesión del doctor Waugh. Parece como si en muy contadas ocasiones hablase en público sin introducir algún pasaje embelesado a este respecto. Envió a todos sus hijos, con una sola excepción, a colegios y universidades de Escocia, aunque ninguno regresó a la tierra que le vio nacer. Sólo uno se dedicó al oficio de presbítero, pero falleció prematuramente. Los tres hijos restantes se convirtieron a la Iglesia anglicana y se casaron con tres inglesas. Mi bisabuelo, como se verá más adelante, llegó a ser pastor de la Iglesia anglicana. Sus hermanos se dedicaron al comercio y prosperaron. Uno, con estudios de medicina, decidió con acierto que iba a ganar más dinero dedicándose a la farmacia, de modo que estableció una farmacia a gran escala en Regent Street, tuvo casa en Kensington y una casa de campo en Leatherhead, adornadas con tres hermosas hijas, una de las cuales se casó con Thomas Woolner, el escultor; las otras dos, sucesivamente —y, en el caso de la menor, desafiando incluso las leyes de Inglaterra—, se casaron con Holman Hunt. En el delicioso libro de memorias de Diana Holman Hunt (casada después con el señor Cuthbert), titulado *Mis abuelas y yo*, aparece un detallado estudio de ella ya en su viudedad. Desconozco a qué profesión se dedicó el otro. Tuvo que ser un ciudadano de fiar, pues llegó a ser maestro de la Compañía Mercante de Sastrería en 1849.

Sólo tengo conocimiento de un único acto que desacredita a este tatarabuelo, a pesar de ser muy impropio de él. A una edad relativamente temprana adoptó un escudo de armas al cual difícilmente se puede concebir que tuviera ningún derecho. Era un blasón casi idéntico al emblema de los Wauchope (las estrellas de ocho puntas habían sido suplidas por estrellas de cinco puntas), del que se hizo ilícito

16 EVELYN WAUGH

ta y bastante profusa ostentación hasta los tiempos de mi padre, época en la cual el uso del blasón, ligeramente modificado, se regularizó del todo.

Thomas Carlyle visitó Londres por primera vez en 1824, cuando mi tatarabuelo ya estaba viejo y achacoso. Cuarenta años después escribió a Thomas Woolner para felicitarlo por su compromiso matrimonial: «Hace ya tiempo oí hablar mucho del doctor Waugh, oráculo de todos los escoceses en este Londres tan extraño, del cual se decían grandes cosas en los círculos de la discrepancia: un hombre excelente, de una pieza, amabilísimo, según todavía tengo entendido».

Mi tatarabuelo nunca aspiró a instalarse fuera de su propia comunidad. Era un hombre de gran prominencia en un mundo un tanto oscuro. Quienes fueron testigos de su cultura y su erudición no fueron nunca hipercríticos. Dudo que hubiera brillado mucho en compañía de otros dos antepasados de nota, William Morgan y Henry Cockburn.

William Morgan, miembro de número de la Royal Society (1750-1833), se asentó en Londres diez años antes que el doctor Waugh y vivió allí durante todo el tiempo que el otro dedicó a su ministerio. Se puede tener bastante certeza de que jamás se cruzaron sus caminos. No tenían nada en común. Morgan era del credo unitario, tal vez ateo en el fondo de su corazón. Alexander Waugh no tenía filiación política ninguna, aunque aborrecía la Revolución y tildó a Robespierre en su diario de «monstruo execrable y sediento de sangre». Las simpatías jacobinas de Morgan eran tan notorias que corrió peligro de ser acusado oficialmente de traición en 1794. Tuvo una muy estrecha relación con Francis Burdett y Tom Paine, y legó en calidad de venerable reliquia a sus herederos los botones de Horne Took en los que apa-

rece grabado el nombre del «Reform Club». (Hoy en día soy yo quien los conserva.)¹

Tenía una deformidad en los pies, y era inteligente. Lawrence, que le hizo un retrato de buen tamaño, supo sacar el mejor partido de sus facciones, prestándole un aire meditativo, casi poético, aunque un perfil suyo tallado en marfil delata una nariz larga, un labio inferior algo abultado, una cara caída en una expresión desdeñosa.

Provenía de una familia antigua y más bien venida a menos, de la nobleza rural de Gales, con derecho inalienable al empleo de un blasón, que a día de hoy aún posee propiedades cerca de Bridgend, en una de las cuales, Tylyrcoh, se encontró carbón posteriormente, yacimiento que ha dado regalías y sustento a dos generaciones de sus descendientes. Su abolengo se remonta a la leyenda. A mitad del listado de bárbaros vocablos que lo componen, aparece el héroe, Cadwgan Fawr, que en el año de 1294 encabezó una guerra de bandas contra el conde Gilbert de Clare. Tras pasar a cuchillo a muchos hombres de las fuerzas inglesas de ocupación, y haber expulsado a los restantes de sus tierras, sus compañeros de armas decidieron celebrar el triunfo. No fue el caso de Cadwgan Fawr, dispuesto a más combates, de modo que se dirigió a uno de sus secuaces con la orden «*Hoeg fy mywall*» (en inglés llano, «afilame el hacha»), que la familia tomó por lema. Como ha escrito George Clark, el experto en genealogía de Glamorganshire, «ninguna familia galesa de rancio abolengo pretende ser exacta en los detalles». El abolengo de los Morgan de

1. John Horne Tooke, (1736-1812), político conservador y filólogo inglés. Se las tuvo tiesas con John Wilkes, con el cual también tuvo sus enfrentamientos Samuel Johnson, y escribió vitriólicos panfletos sobre lord Bute, primer ministro en la época. En plena madurez renunció a la política; se dice que rivalizó con Johnson en cuanto a destreza en la conversación, aunque posiblemente le faltó un Boswell que lo atestiguara.

18 EVELYN WAUGH

Tylyrcoh vale tanto como el que más, y qué duda cabe de que fue baluarte de su autoestima a medida que comenzó la decadencia y cayeron en el olvido de su muy remoto valle durante los cinco siglos siguientes a Cadwgan Fawr, hasta que William Cadogan y su hermano George arribaron a Londres y se dieron a conocer en los círculos intelectuales.

George Cadogan Morgan también albergaba sentimientos revolucionarios, y llegó a estar presente en París durante la toma de la Bastilla. Llamó la atención del respetable por sus conferencias sobre la electricidad, y murió joven a resultas de una inhalación de vapores venenosos durante la conducción de un experimento de química.

William Morgan se dedicó a estudiar y, fugazmente, a practicar la medicina, pues más adelante se concentró en las matemáticas y la física. Su primera comunicación ante la Royal Society fue una descripción de una serie de experimentos eléctricos «realizados para calibrar el poder no conductor de un vacío perfecto», aunque fue elegido miembro de número de esa sociedad en calidad de matemático cinco años más tarde, y como matemático se ganó la vida gracias al puesto de actuario de la Compañía de Seguros La Equitativa.

Antes de la época de Morgan, las pólizas de seguros tenían una marcada similitud con los juegos de azar. Muchas aseguradoras se declaraban en quiebra. Morgan fue uno de los primeros en aplicar la ciencia al cómputo de las contingencias. La Equitativa prosperó notablemente durante los cincuenta y seis años en que Morgan dirigió la compañía. Se le abonaba un salario elevado para la época, de dos mil libras al año, que siguió recibiendo en su totalidad después de jubilarse. Fue amigo íntimo de Samuel Rogers (trece años más joven que él) antes de que el poeta se consolidara en la sociedad más a la moda; su hijo William se despo-

só con la sobrina de Rogers, Maria Towgood. Su relación quedó conmemorada en el semanario conservador *John Bull* con estos versos:

Exclama Sam: «Frágil es la vida de los hombres,
ni siquiera la mía tal vez prospere.
Así pues, no sea que me falle cualquier día,
iré a asegurarme».
Al despacho de Morgan llega Sam.
No encuentra a su anfitrión.
«¡Adelante! —exclama Morgan asustado—.
¡Pero no puedo asegurar a un espectro! [...]»
«¡Por los clavos de...! Si es mi poema, y no mi rostro.
Escucha, que te lo recitaré.»
Dice Morgan: «Vete con la música a otra parte,
que no te lo puedo avalar».¹

William Morgan prestó servicio en el Consejo de la Royal Society y publicó numerosos artículos sobre finanzas públicas. Gozó de popularidad en círculos progresistas e intelectuales, aunque causaba cierta inquina por su aspereza de trato. Hasta el final de sus días, iba a recordar su lengua materna y, en una ocasión, después de una cena, improvisó una traducción de una balada galesa a lo que entonces se denominaban «versos elegantes en inglés».

Lord Cockburn (1779-1854) procedía de una familia de la frontera con Escocia, una rama reciente de los Cock-

1. *Cries Sam, "All human life is frail, / E'en mine may not endure. / Then, lest it suddenly shall fail, / I'll hasten to insure." / At Morgan's office Sam arrives; / Reckoning without his host; / "Avant!" the frightened Morgan cried, / "I can't insure a ghost." [Alusión a la muy notable apariencia cadavérica de Rogers.] "Zounds! 'tis my poem, not my face; / Here list while I recite it." / Said Morgan, "Seek some other place, / I cannot underwrite it."*

20 EVELYN WAUGH

burn de Langton. No era de origen celta, sino sajón y normando. El retrato que le hizo Raeburn, en su edad madura, era contemplado como algo tan representativo de su raza que con posterioridad se empleó en los billetes de curso legal del Banco Comercial de Escocia. Sus *Memorias de mi tiempo* trazan una clásica descripción de la sociedad pudiente de Edimburgo en aquella época en la que mereció el sobrenombre de «la Atenas del norte», aunque rehúyen toda revelación personal.

Su padre, juez del distrito de Midlothian y miembro del tribunal de cuentas públicas de Escocia, era un conservador recalcitrante. Mi tatarabuelo dio en ser liberal, deserción que en sus primeros años le valió la natural pérdida de estima por parte de su tío, Henry Dundas, lord Melville, portavoz del partido conservador. Fue un esforzado político y llegó a ocupar el cargo de magistrado gracias a su elocuencia y a su solvencia en el ejercicio de la abogacía. En 1837 fue nombrado uno de los lores del estamento judicial. Escribió y peroró en público sobre prácticamente todos los aspectos de la política. Era de confesión presbiteriana, aunque no un devoto notable, y formó parte de la minoría de jueces que disintieron de la decisión por la cual, al confirmar el control del Estado sobre la Iglesia, se produjo una secesión más en la formación de la Iglesia libre de Escocia, si bien no se adhirió a esa nueva facción. Durante la segunda guerra mundial participé en un curso de formación de comandantes, que tuvo lugar en un hermoso castillo de pega, en las afueras de Edimburgo, y allí vi el blasón de los Cockburn en una vidriera de colores. Según supe, se trataba de Bonaly Tower, que lord Cockburn había construido en imitación de Abbotsford.

En la *Edinburgh Review* de enero de 1857 se le describe de este modo:

Bastante por debajo de la estatura media, firme, nervudo, musculoso, habituado a todo tipo de ejercicio físico, buen nadador, patinador consumado, amante de la brisa fresca del cielo; era de rostro apuesto e intelectual, con la frente espaciosa, que la calvicie hacía aún más notable, amplia y lustrosa; en reposo, de mirada bastante melancólica, si bien tan pronto se animaba con un brote de energía o de ingenio los ojos le centelleaban como los de un halcón.

Un aire de excentricidad casaba bien con la originalidad de su carácter. Ataviado con la escrupulosa precisión de un hombre de buena crianza, desafiaba a cada paso los usos de moda en el vestir. Siempre llevaba un sombrero impresentable, y sus zapatos, hechos a mano según un patrón ideado por él, eran los más patosos de todo Edimburgo.

Confirmación de esta peculiaridad en el calzado se encuentra en su nieta, mi abuela materna. A los ocho años de edad se encontraba en Bonaly cuando Watson-Gordon estaba pintando el retrato que hoy se exhibe en la National Portrait Gallery de Escocia. Cuando el pintor le preguntó por su opinión, tras un demorado y grave escrutinio, la niña respondió: «Bueno, pues se parece mucho a sus botas, la verdad».

Carlyle lo describe como «un hombre menudo, sólido, genuino, de largo un producto mucho más sano [que Wilson, que firmaba con el seudónimo de Christopher North en *Blackwood's Magazine*, fallecido en la misma época], un hombre de ojos castaño claro, bullicioso, de voz energética; hablaba en un dialecto escocés cargado de lógica, y era sagaz en las cosas prácticas, además de veraz en cualquier circunstancia. Yo diría que todo un caballero, perfectamente acorde con el tipo escocés del caballero, por no decir que tal vez fuese el ultimísimo de esa peculiar especie».

22 EVELYN WAUGH

Su biblioteca, que se dispersó en una subasta celebrada a lo largo de cinco días en 1854, contenía, además de los conjuntos de clásicos habituales, una espléndida colección de obras poco conocidas sobre historia de Escocia, sobre antigüedades, y diez retratos de roble tallado, del siglo XVI, tomados del techo del salón de banquetes del castillo de Stirling. No hay indicio en el catálogo acerca del modo en que se procuró estas piezas, propiedad de la realeza.

Thomas Gosse (1763-1844), el único tatarabuelo de los restantes acerca del cual es posible formarse una impresión clara, era un retratista itinerante. Su familia procedía de Francia, de donde llegó con la revocación del Edicto de Nantes. Durante un siglo medraron como propietarios de una casa de modas en Ringwood, condado de Hampshire. El comercio se desplazó entonces más al norte, y los tejedores del sur se quedaron sin trabajo. Thomas, undécimo hijo, acusó el impacto de ese giro de fortuna cuando estaba estudiando pintura en la Escuela de la Real Academia, en Londres. Habiendo crecido con todas las facilidades, bruscamente se vio en el brete de tener que ganarse la vida, y decidió hacerlo dedicándose al grabado. Y el 22 de julio de 1790 doblaba la esquina de Fleet Street procedente de Chancery Lane, absorbido en las complicaciones de su oficio, cuando de pronto se encontró ante una visión del Cristo resucitado, quien le aseguró que su «reconocida rectitud» había sido «recibida en el cielo».

Regresó a su pensión conmovido por la experiencia, sobre la cual meditó largo y tendido, y pasó el resto de su vida dando sobradas muestras de plena certeza de su salvación eterna, lo cual le produjo una marcada indiferencia ante la prosperidad mundana y, más adelante, ante el medro de su familia. No se adhirió a ninguna secta en particular; prefería fiarse de su propia inspiración directa, y en sus viajes prac-

ticaba la adoración dominical en público y donde le venía en gana. Su hijo Philip Henry, naturalista, se inscribió en la hermandad de Plymouth, y da cuenta de que en su vejez su padre a menudo «partía el pan» en su capilla. Este hijo es el protagonista de *Padre e hijo*, la novela de Edmund Gosse.

Thomas Gosse viajó constantemente, por lo común a pie, yendo de una casa a otra y de una localidad a otra, pintando retratos, una o dos veces al óleo, aunque lo habitual eran las acuarelas sobre marfil, por el precio de unas cuantas guineas la unidad. Un dentista le pagó una miniatura con una dentadura postiza.

A los cuarenta y dos años se casó con una muchacha joven y de buen ver llamada Hannah Best, que estaba ligeramente por encima de la condición de criada y ligeramente por debajo de la condición de «señora de compañía» respecto a la familia con la que vivía en Worcester, y que había contratado a Gosse como retratista. Tuvo por costumbre dejar a su esposa e hijos en casas de alquiler durante largos periodos, mientras él recorría el país en busca de clientela. Cuando tenía bastante más de sesenta años, fue a pie de Bristol a Liverpool. A veces era estrafalario en el vestir; regresaba a casa tras sus viajes con unas botas rematadas en amarillo, con ropa interior de algodón de Nankín, con pantalones de cuero, con una levita de color tabaco y corte atrevido, con una peluca de color castaño. Si su esposa lo reprendía, contestaba: «¡Bah! Me ha dicho el sastre que es lo más indicado para mí». En cambio, un autorretrato escrupulosamente pintado al óleo lo muestra ya en su vejez, vestido con sobriedad, con un estilo más clerical que bohemio. Tiene el rostro alargado, delgado, y el cabello crespo, corto, cano. Con los ojos, grandes, parece mirar más allá del espectador envuelto en un aire de distanciamiento, muy distinto de la mirada heroica e hipnótica que es corriente en

24 EVELYN WAUGH

los autorretratos. Se las ingenió para parecer a un tiempo recatado y majareta.

En sus periodos de descanso escribió algunos poemas épicos y alegóricos, titulados, por ejemplo, *Empeños de los gigantes cainitas por reconquistar el Paraíso*. Nunca encontró editor. Su hija Anne se casó con el hijo de William Morgan, antes mencionado, y fue la madre de mi abuela paterna. Tiene que haber muchas miniaturas de Gosse que se conserven en gabinetes de todo el país, si bien su nombre es apenas conocido, tanto que ni los coleccionistas ni los marchantes jamás han dado muestras de interés por ellas.

Existe un elemento de fantasía en el mero hecho de pensar en estos cuatro hombres que aun siendo tan absolutamente disímiles, desconocidos los unos de los otros, formaron una suerte de asociación, por así decirlo, para fabricarnos a mi hermano y a mí, que al margen de una común aptitud para los relatos, somos antitéticos, que no antipáticos mutuamente.

3

Una vez dejo atrás a estos ocho antepasados, cuatro de ellos meras máscaras, me hallo a plena luz de los recuerdos que mi padre puso por escrito hace una treintena de años en su autobiografía, *El camino de un hombre*, libro de gran encanto, que carece de interés general sólo en su segunda mitad, cuando su vida transcurrió en una total carencia de acontecimientos dignos de ser relatados. Sus anécdotas de niñez son particularmente vívidas, sobre todo sus recuerdos de su abuelo paterno, que sería ocioso repetir por lo menudo.

El reverendo James Hay Waugh impresionaba a sus nietos por ser la viva encarnación de la autoridad patriarcal,

y no menguó su estatura a medida que sus nietos crecieron. Mi padre tenía diecinueve años cuando murió su abuelo; desde mucho antes había tenido conciencia plena de algunas de las absurdidades de su comportamiento, aunque tanto él como sus hermanos disfrutaban con estas peculiaridades sin que les parecieran ridículas, y las aceptaban en tanto manías pintorescas, que habían sobrevivido pese a pertenecer a una época muy anterior.

James Hay Waugh padecía de temblor en las manos, que atribuía a una excesiva afición al rapé en su juventud, y por eso contrataba a un amanuense para dictarle numerosos memoriales, para información y edificación de las generaciones venideras, si bien no dejó constancia del modo ni de los lugares en que había pasado su juventud y primera madurez. Parece probable que hasta sus treinta y muchos años trabajara con uno o dos de sus hermanos en sus negocios londinenses. Tampoco dejó ninguna descripción de las circunstancias en las cuales decidió hacerse clérigo de la Iglesia anglicana. ¿Tuvo que resistirse a las exigencias de la teología rival? La anodina majestad con que examina la lente de la cámara no delata que haya cicatrices de angustia espiritual. ¿Recibió un llamamiento, una revelación? Al contrario que Thomas Gosse, no ha dejado constancia de ello. Al margen de lo que experimentase, hoy se calificaría sin duda de «vocación tardía». No tomó la decisión hasta después de morir su padre y su tío, John Nelly. A lo largo de la vida que llevó subsiguientemente, profesó una honda reverencia por la memoria de su padre, si bien hizo algo claramente contrario a los preceptos de éste. No existe una sola arruga de culpabilidad en esa plácida frente.

No es que el doctor Alexander Waugh se hubiera opuesto con acrimonia al cambio de credo por el que optó su hijo. Los anglicanos y los presbiterianos estaban más pró-

26 EVELYN WAUGH

ximos en esta generación que en la siguiente. Cuando uno de sus hijos, Alexander, que llegó a ser ministro en la Iglesia de su padre y murió siendo joven, manifestó cierto interés por la fe anglicana, su padre dio muestras de una afectuosa moderación al escribirle en estos términos: «Por lo que se refiere a la Iglesia anglicana, se dará por supuesto que otorgues asentimiento y consentimiento a todo el sistema de la doctrina y la política de la fe establecida. Se dice, según tengo entendido, que son muchos los fieles de esa Iglesia que no creen ni en los artículos de fe ni en la autoridad sagrada de sus órdenes, y que no se cuenta con que un joven se trastorne por sus exquisitos escrúpulos sobre estas cuestiones. Pero suscribir una fe es un asunto demasiado serio, terrible incluso, para andar enredando de cualquier manera... Lee a fondo las Escrituras, consulta con el sincero y muy recto tutor cuyas instrucciones has de disfrutar; permite que tu mirada sea única, y caso de que las conclusiones a que te conduzca tu indagación sean distintas de mis puntos de vista, no seré yo quien por ello te tenga en menor respeto, sino que de muy buena gana te ayudaré y te asistiré al máximo de mis posibilidades».

No obstante, se percibe aquí una cierta ambigüedad: ¿quiere decir que de hecho está dispuesto a reforzar los argumentos del sincero tutor y a ayudarle a gozar de una mejor disposición, o que le ayudará de buena gana en su ingreso en la Iglesia anglicana? Parece dar por supuesto que ningún hijo suyo aceptará la institución del episcopado, ni los treinta y nueve artículos de la fe anglicana, sin incurrir en una grave equivocación. Y del temperamento que gastaba John Nelly no sabemos nada. No es infrecuente entre los laicos ser más fanáticos que el propio clero. James Hay tenía grandes y fundadas expectativas en ese sentido, expectativas que a la postre se vieron cumplidas con creces. La cara

que asoma en la fotografía no es sólo la de un hombre sin el menor repulgo sobre su fe, sino también la de un hombre que carece de angustias monetarias. ¿Habría estado seguro de su legado caso de haber hecho apostasía?

¿Es conjetura baladí suponer que, cuando pidió la mano de Sarah Symes, el abogado de Bridport señaló que un clérigo anglicano, dotado de sus propios medios particulares de generar ingresos, disfrutaba de una posición más afín a la de su hija que la de un presbítero discrepante o la de un hombre de negocios londinense?

James Hay Waugh se casó en condición de anglicano y, estando ya casado, acudió a Oxford, al Magdalen Hall. Llevó una vida doméstica muy reclusa en Broad Street, y poca relación pudo tener con estudiantes a los que sacaba de largo veinte años. Estuvo allí cuando los tractarios¹ se hallaban en pleno apogeo y, aunque estudiaba para llegar a eclesiástico, no parece que llegara a estar bajo su influencia directa. Era mayor que Newman o Pursey. Presumiblemente los oyó predicar, pero su propio estilo en el púlpito provenía de un modelo anterior, más prosaico y más declamatorio. Su religión más bien participaba de la actitud robusta, conservadora, propia de la Alta Iglesia Anglicana que prefirió el doctor Johnson.

A comienzos del siglo XIX, la mayor parte de mis antepasados, esto es, los que aún no se encontraban allí, convergieron en el suroeste de Inglaterra. James Hay Waugh los siguió de una manera inconsciente. Su primera coadjutoría, en la que duró muy poco tiempo, se encontraba en Warmins-

1. Se trata de una corriente de la Alta Iglesia Anglicana, la más afín al catolicismo entre los protestantes, cuyo nombre está tomado de las doctrinas y prácticas de la liturgia expuestas en los llamados «Tratados para la época presente», serie de panfletos de temas eclesiásticos y teológicos también conocidos como *Oxford Tracts*, publicados en Oxford por iniciativa de H. Newman entre 1833 y 1841.

28 EVELYN WAUGH

ter. Allí nació mi abuelo. El entonces obispo de Salisbury le ofreció dos generosas prebendas, pero las rechazó «amparándose en que [como dijo él mismo] había tomado las Sagradas Órdenes ya avanzada su vida y poseía recursos propios y jamás pondría al alcance de nadie la posibilidad de decir que había tomado los panes y los peces pertenecientes a la Iglesia, que en justicia correspondían a hombres que llevaban mucho más que él en la sagrada profesión». Esto lo tomo de un obituario, donde se adujo como «muestra de su noble y desinteresada generosidad». Si no hubiera sido él mismo la fuente de la anécdota, caso de haber sido su verdadero motivo una generosidad pura para sus compañeros los presbíteros, en vez de ser más bien una solicitud en defensa de su reputación, el ramillete habría tenido un aroma aún más dulce si acaso. No obstante, sí parece que con espíritu de abnegación aceptó la parroquia de Cerne Abbas, en Dorset.

No era ni mucho menos una bicoca. Carecía de casa parroquial, el estipendio era tan sólo de ochenta y una libras al año y pocos de sus predecesores habían llegado a residir allí. Cerne Abbas está hoy muy restaurada y embellecida; de los adoquines brotan plantas y flores y numerosos macetones adornan las puertas bien pintadas de las casas de campo. En 1841, cuando mi bisabuelo estuvo allí, era una aldehuela remota, pobre y decrepita. La población, olvidada desde hacía mucho tiempo, era punto menos que intratable. El ostentoso y ofensivo gigantón prehistórico que se yergue en el césped común de Trendle Hill, y que blande el garrote sobre las ruinas de la abadía, le pareció que celebraba la victoria del paganismo. Ésta fue, de seguro, una de esas oportunidades que de vez en cuando inspiran acciones heroicas a los jóvenes santos. Mi bisabuelo se puso manos a la obra con la energía de un misionero y a expensas de su

peculio construyó la vicaría que actualmente se usa, además de reparar el coro y el presbiterio y realizar una pingüe aportación a la fundación de la escuela del pueblo. Pero no era un santo, y estaba ya en su madurez. Al cabo de tres años, renunció al esfuerzo de las restauraciones y aceptó la vida en Corsley, con cargo a la marquesa de Bath. Allí permaneció cuarenta y un años, sin dar jamás la menor señal de que tuviera deseos de cambio.

Era y sigue siendo un paraje agradable. Fue feliz con los favores de lady Bath, con la cual, con los años, trabó amistad. (Me pregunto si llegó él a comentar con ella el acto de generosidad por el cual se la recuerda, esto es, la adquisición, sólo por complacer a una institutriz, del primer cuadro de Rossetti.) Él fue feliz en el sentido de que con los años se ganó el temor reverencial de sus rústicos feligreses. Reinó y gobernó a su manera la pequeña comunidad, encargándose de que las muchachas descarriadas se tornasen mujeres de virtud y de que a ningún granjero enfermo le faltase el caldo ni la cerveza. Al contrario que su padre, quien, como hemos visto, aspiraba a convertir a los franceses infieles y a los irlandeses supersticiosos a los dogmas de la Iglesia de la Secesión de Escocia, nunca se propuso expandir su influencia más allá de las lindes de su parroquia. En 1854 fue invitado a predicar el sermón de la universidad en el púlpito de la iglesia de St. Mary, en Oxford, pero lo cierto es que nunca se le convocó a predicar, y cuando se daba el caso no acostumbraba acceder. En su propia iglesia, bien atestada de parroquianos, sí le gustaba pregonar su mensaje, un mensaje con cuyas peroratas, ya en sus primeros años, solía augurar su muerte inminente.

Trazó muchos planes muy detallados para esta eventualidad. A la muerte de la última de mis tías Waugh, heredé una caja de hierro llena de papeles de la familia, la mayo-